

Juan Crisóstomo

SOBRE LOS RELIGIOSOS

Libro IV

*Comparacion del poder, riquezas y
excelencia real con un monge que vi-
ve exactamente conforme a la ver-
dadera filosofía cristiana*

Quando considero que la mayor parte de los hombres encantados con los bienes imaginarios los estiman mas que los sólidos y verdaderos, me parece necesario hablar brevemente de entrambos, comparándolos entre sí para que conocida la diferencia que hay entre ellos, estimemos los que son dignos de nuestros cuidados y diligencia, y capaces de sal-

varnos, y miremos con desprecio los que son indignos de nuestra estimacion.

Se estiman mucho én el mundo las riquezas, las dignidades, el imperio y la gloria; y el vulgo tiene por felices á los príncipes, que presentándose en público en carros magníficos, acompañados de gran número de criados y de guardias, gozan de los aplausos del pueblo; mas la vida de los filósofos, y de los que han elegido vivir en los monasterios se mira con desprecio y con indiferencia. Luego que aquellos se ven, todos fixan en ellos sus ojos; mas por el contrario, nadie quiere mirar á los monjes, y á los que son verdaderamente filósofos quando se presentan en público. Son muy pocos los que quieren imitarlos, mas casi todos quisieran ser semejantes á los príncipes y poderosos; no obstante de que es muy difícil y casi imposible conseguir el imperio, y llegar al trono, y para muchos aun conseguir el gobierno de una provincia; porque son menester muchas riquezas para sostener esta dignidad con el esplendor

conveniente ; mas consagrarse al servicio de Dios, y elegir la vida religiosa á todos les es muy fácil y conforme á sus inclinaciones. Á esto se agrega que la posesion del principado se acaba con la vida, y á no pocos les puso muchas veces en peligro de perderla con mucha ignominia. La vida monástica despues de haber llenado á los justos de muchos bienes en este mundo, los envia despues de la muerte alegres y adornados de muchos méritos y virtudes al tribunal de Dios, el Padre, al tiempo que muchos de los que han tenido el principado sufren grandes penas por los pecados que en su vida cometieron. Así comparando los bienes de la filosofía con los bienes aparentes de esta vida, es á saber, con el principado y la gloria, podremos conocer facilmente la diferencia de ellos ; y si os parece comparando solamente el mayor de todos los bienes , que es el principado con la filosofía veremos los frutos que resultan de ellos, los quales conoceremos exáctamente considerando á quien manda el rey , y á quien el filósofo. El rey

tiene el imperio de muchas ciudades, provincias y naciones , gobernando con la mas leve insinuacion de su voluntad á los generales y prefectos, á los exércitos , al pueblo y al senado ; mas el que se ha consagrado al servicio de Dios, y ha elegido la vida solitaria , manda á la ira , á la envidia , á la avaricia , á los deleites, y á todos los demas vicios, considerando y meditando siempre de qué modo tendrá libre su ánimo de estos afectos obscenos , y su razon de la servidumbre de una tiranía amarga, teniendo su pensamiento superior á todas las cosas terrenas , y dominando el temor de Dios sobre todos los afectos.

Tal es el imperio y el principado que tienen el rey y el religioso; de manera, que con mayor razon puede llamarse rey el religioso, que no el que vestido de púrpura , teniendo un cetro en la mano, y una corona brillante en su cabeza, está sentado en un trono de oro. Porque verdaderamente aquel es rey que domina la ira, la envidia y los deleites; y obrando conforme á la ley de Dios,

conserva su espíritu libre ; y no permite establecer en su corazon el imperio de los deleites. Real y verdaderamente veríamos con el mayor gusto un hombre de este carácter sentado sobre el trono , dominando y dando leyes á la tierra , á las ciudades , á los pueblos y á los ejércitos. Pues el que ha sabido establecer el imperio de la razon sobre sus afectos , fácilmente gobernará á los hombres con las leyes divinas ; y todos los súbditos le tendrán en lugar de padre , conversando él mismo con la mayor mansedumbre con todos los ciudadanos. Mas aquel que dominando á los hombres es esclavo de la ira , de la ambicion y de los deleites , primeramente por la misma razon que lleva la corona de oro entretexida de piedras preciosas , puede parecer ridículo y despreciable á sus súbditos , porque no está coronado por la corona de la templanza. Todo su cuerpo resplandece con la púrpura ; pero su alma está sin ningun adorno. Ademas que no sabrá como gobernar el imperio ; pues el que no sabe gobernarse á sí mismo ¿ cómo sa-

brá gobernar con las leyes á los demas?

Si quieres ver la guerra que entrambos hacen , hallarás que el uno pelea con los demonios, les vence y les domina, y recibe la corona de Jesucristo , porque viene á la batalla con el auxilio divino, armado con las armas celestiales; de manera, que es preciso que consiga la victoria. Mas los reyes no combaten sino con los bárbaros. Siendo pues infinitamente mas terribles los demonios, que los hombres, es evidente que el que vence á aquellos es mucho mas ilustre que el que consigue la victoria con estosotros. Si quieres considerar la causa de entrambas guerras, hallarás ciertamente mucha desigualdad. El uno pelea con los demonios por la piedad, y por el culto de Dios, dèseando librar del error las ciudades y los pueblos ; mas el otro hace la guerra con los bárbaros para defender sus pueblos, los límites de su imperio, ó los bienes usurpados, excitados de la avaricia ó del deseo de un principado injusto; y así sucede muchas veces que algunos príncipes dèseando extender los límites de su

imperio, perdieron el que tenían. Por lo qual el principado y las guerras, nos manifiestan bien claro, quanta diferencia hay entre el rey y los solitarios que se consagran al culto de Dios. Para conocer mejor esta diferencia, no hay mas que considerar con atencion, y comparar su vida y sus acciones. Al religioso lo hallaremos conversando con los profetas, y llenando su alma de la sabiduría de Pablo, pasando de continuo de Moysés, á Elías de éste á Juan, y de éste á alguno otro de los profetas ó apóstoles; mas el rey está conversando de continuo con los prefectos, los generales, los centuriones y los soldados.

El uso nos hace ver que nuestras costumbres son semejantes á las de aquellos con quienes vivimos. El que vive en la soledad arregla su ánimo por el modelo de los profetas y de los apóstoles; mas el rey forma sus costumbres por las de los generales, de sus capitanes, de sus soldados y de sus guardias, hombres dados al vino y á los deleites, los quales emplean una gran parte del dia en

beber ; y el vino no les dexa aprender nada que sea honesto y útil. Por esta razon es preciso confesar que la vida religiosa es mas feliz que la de los que viven en el principado, la soberanía y los cetros.

Si quisiéramos exâminar el tiempo de la noche , veríamos ocupado al religioso en el culto de Dios y en las oraciones, cantando antes de la aurora, y viviendo con los ángeles, hablando con Dios , y gozando de los bienes celestiales. Mas el que manda á muchos pueblos , á muchas naciones, á y los exércitos , extendiendo su imperio por la tierra y por la mar, está tendido y durmiendo en su cama, pasando de este modo muchas horas y perdiendo el tiempo inútilmente. El religioso se sirve de alimentos sencillos y frugales que no exigen un sueño muy profundo; pero el soberano está adormecido con las delicias de la comida y de la bebida , teniéndolo atado en su lecho, hasta que ha amanecido , y es de dia. El religioso tiene el vestido y la mesa moderada, y los

que viven con él se exercitan en las mismas virtudes: el rey es preciso que se presente en público con un vestido soberbio, adornado de piedras preciosas y de oro: que tenga una mesa espléndida; y si es imprudente, come con personas dignas de su necedad; mas si es sábio y templado, no tendrá en su compañía sino hombres buenos y justos; pero muy inferiores en virtud á los que hemos dicho. Y así por mas que sea filósofo el rey, no puede de ningun modo compararse con el monge, ni acercarse, sino muy remotamente á su virtud.

El rey casi siempre incomoda á sus súbditos: quando hace viages es gravoso: quando vive en la capital en tiempo de paz ó de guerra: quando cobra los tributos: quando forma los exércitos: quando triunfa de sus enemigos, y quando es vencido. Porque si es vencido las desgracias y los males de la guerra caen sobre el pueblo; mas quando es vencedor, es intolerable, adornándose con trofeos, y llenándose de orgullo, dando licencia á los soldados para robar, saquear, in-

jurar á los viajeros , sitiar las ciudades, devastar las casas de los pobres exigiendo de los que los han recibido en ellas lo que ninguna ley permite , por mas autorizado que esté con alguna costumbre antigua, iniqua é injusta. Entretanto el rey no daña á los ricos con estos males, sino solamente á los pobres, como si verdaderamente temiera á los ricos , y los respetára. No sucede así con el monge, el qual luego que se presenta en público, hace algun regalo á los ricos y á los pobres, mostrándose igualmente liberal con todos, no usando en todo el año sino de un vestido, bebiendo el agua con mas gusto, que otros el vino generoso: no pide á los ricos ninguna gracia para sí, ni grande, ni pequeña ; mas pide frecuentemente muchas para los pobres, las quales son útiles á los que las dan , y á los que las reciben. Y así es el médico comun de los ricos y de los pobres, librando aquellos de sus pecados con sus buenas amonestaciones, y á estos de su indigencia. Quando el rey modera los tributos, sirve mas á los ricos que á los

pobres. Quando hace lo contrario , perjudica á los que tienen pocos intereses, porque al rico poco daño le hace el peso de los tributos, mas destruye como un torrente las casas de los pobres, y llena todos los pueblos de lágrimas y gemidos; porque los que cobran los tributos, ni se compadecen de la vejez , ni de la viudedad , ni de la orfandad de los hijos , no poniendo fin á su desvergüenza y orgullo : son los enemigos del pais, exigiendo del infeliz labrador lo que nunca produjo la tierra.

Exáminemos ahora los beneficios que distribuyen los reyes y los religiosos. El rey da el oro, el monge la gracia del Espíritu Santo. Aquel quando es bueno enriquece al pobre, mas este libra con sus oraciones las almas oprimidas con la tiranía del demonio; y si alguna se halla en semejante calamidad , sin hacer caso del rey , se acoge á la habitacion del monge, como los que amedrentados con la vista del lobo huyen precipitadamente ácia el cazador que lleva las armas en la mano. Las oraciones son para el monge,

lo que la espada es para el cazador , y no temen tanto los lobos las armas de estos, como los demonios las oraciones de los justos. Y así no solamente , nosotros nos acogemos á los santos, quando nos obliga la necesidad, sino que los mismos reyes en los tiempos calamitosos imploran la proteccion de los religiosos, y acuden á ellos como los pobres en tiempo del hambre á la casa de los ricos.¹ Achab, rey de los judíos, afligido del hambre y de la carestía , ¿no puso toda su esperanza en las oraciones de Elías? Ezequías que ocupaba el mismo trono y el mismo imperio, enfermo, y en las agonías de la muerte que iba á arrebatarle, se acoge al profeta como mas poderoso que la muerte, y capaz de conservarle la vida². Encendida la guerra, puesta la Palestina en peligro de ser enteramente destruida, los reyes de los judíos, dexando el ejército , los infantes, los saeteros, los caballos , los generales y los centu-

riones se acogieron á las oraciones de Eliseo; pues tenian por cierto que el siervo de Dios sería mas poderoso que infinitos exércitos. Tambien el rey Ezequías en la guerra contra los persas, quando estos amenazaban destruir la ciudad, temblando y temiendo los ciudadanos que estaban sobre las murallas, y conmovidos como suelen estarlo los hombres á la vista de un gran terremoto, ó de un trueno horroroso, que todo lo hacen estremecer, opuso á las innumerables tropas de los persas las oraciones de Esaías, y no se engañó en sus esperanzas. Porque tan pronto como el profeta levantó las manos al cielo, luego al punto arrojando Dios saetas desde el cielo contra los persas, acabó en un momento la guerra: enseñando de este modo á los reyes que deben apreciar á los ministros del Señor, como que ellos son los que salvan el mundo, y conservan los imperios, y aprendan por las exhortaciones de los justos á hacer el bien en todas las cosas, á respetar sus consejos, y obedecer á sus santas amonestaciones.

La diferencia que hay entre el rey y el monge la podemos conocer, no solamente por lo que dexamos dicho, sino aun mejor por el modo que sufren las desgracias que padecen. Si el uno pierde la virtud, y el otro el reyno, el monge fácilmente vuelve en sí , y recobra enteramente su estado antiguo , borrando sus pecados por las oraciones, las lágrimas , la tristeza y el cuidado de los pobres. Mas el rey arrojado de su trono, para recobrarle necesita de muchos auxiliares, de muchos soldados armados , de caballos , dinero y exponerse á mil peligros. Finalmente la esperanza de su salud está puesta en los otros , y su suerte depende del capricho de muchas gentes y armas: el mōnge si quiere , si lo desea, si muda de propósito, recobra muy pronto su salud¹; pues el reyno de los cielos, nos dice, está dentro de vosotros.

El rey mira con horror la muerte, mas el religioso con mucha tranquilidad. Pues el que desprecia las riquezas , los

deleites y las delicias, por cuya causa muchos desean vivir, es necesario que no sienta mucho salir de este mundo. Si sucede que uno y otro sean asesinados, el religioso se expone á los peligros por la virtud y la piedad, con el fin de conseguir por su muerte la vida inmortal, y entrar en el reyno de los cielos ; mas el rey perderá su vida á manos de algun tirano , ó de alguno que quiera sentarse sobre su trono : espectáculo miserable , y aun horroroso despues de su muerte ; mas ver á un monge que ha muerto por la piedad , es un espectáculo agradable de mucho consuelo y utilidad , envidiando todos los que han sido testigos de ella su suerte , deseando ser sus discípulos , é imitar sus virtudes ; pero el rey en vano hará largas oraciones , pidiendo á Dios que no haya nadie que desee el reyno. Además de esto no habrá nadie que se atreva á matar á un monge , considerando esta accion como una horrible impiedad cometida contra Dios , y por el contrario al rey intentan matarle muchos que desean subir al trono. Por lo qual el uno

tiene soldados para la guardia de su persona, y el otro defiende las ciudades con sus oraciones, como con un muro impenetrable. Los religiosos no temen á nadie, porque son pobres: el rey vive en un continuo sobresalto, temiendo ser acometido en todos los momentos por los que desean quitarle sus riquezas y el trono.

Por tanto me parece que he hablado bastante de los bienes de esta vida. Si quisiéramos hacer un exámen del estado futuro del religioso y del soberano, veremos que aquel resplandeciente y lleno de gloria es arrebatado entre las nubes para salir á recibir á Jesucristo, que es la guia y el maestro de esta vida saludable y de todas las virtudes. Mas si el rey ha gobernado su imperio con justicia y humanidad, lo que rara vez sucede, tendrá menos grados de gloria y de honor, y así no será igual la suerte de un buen rey, y la de un religioso que pone todo su cuidado en el servicio del Señor. Pero si fué un rey injusto y perverso que llenó de males la tierra, ¿quién será capaz de contar las calamidades que sufri-

rá, porque será quemado, azotado, atormentado, y sufrirá tormentos, que ni pueden explicarse con las palabras, ni realmente tolerarse. Por lo qual instruidos y convencidos de todas estas cosas, no miremos con envidia la suerte de los ricos, pues hemos demostrado que la condicion del soberano es sin comparacion inferior á la de los religiosos. Y así quando vieres á un rico con un vestido magnífico bordado de oro, y en un coche soberbio, no le llames feliz. Porque todas las riquezas temporales, y todo lo que parece en este mundo que es un bien, todo se pierde con la vida. Mas quando veas á un monge solo, humilde, manso, quieto y pacífico procura imitar su filosofía, y pide á Dios la gracia de ser semejante á este justo. Pedid, nos dice, y se os darán los bienes verdaderos, saludables y permanentes por la benignidad y misericordia de Jesucristo